

## Domingo de PASCUA.

¡Feliz Pascua de Resurrección! *“Jesús de Nazaret, el Crucificado, ha resucitado”* (cf. Mc 16,6).

Me conmueve particularmente la secuencia de la Pascua cuando reza: *“La muerte y la vida se enfrentaron en un duelo admirable: el Rey de la vida estuvo muerto, y ahora vive”*. Es el triunfo del Amor.

Esta alegría inmensa de la Resurrección se prolonga por cincuenta días hasta Pentecostés. Vamos a disfrutarla, a entrar en ella de a poco, por así decirlo, y lo haremos ayudados por el Espíritu Santo, el gran Don de la Pascua de Jesús.

Hoy el Evangelio nos invita a prestar atención al hecho de que *el sepulcro está vacío*. En ello nos centraremos en esta meditación.

El Viernes Santo, el relato de la Pasión concluye con la sepultura de Jesús, que consiste en depositar el cuerpo en el sepulcro según la costumbre judía (cf. Jn 19, 38-42). Fue realizada por José de Arimatea y Nicodemo; este último había visitado a Jesús de noche para no ser visto, tratando de entender qué significa *“volver a nacer”* (Jn 3, 1-10). José también se sentía atraído por el mensaje de Jesús, pero por temor al *“qué dirán”*, no se animaba a seguirlo de cerca. Sin embargo, ahora que Jesús está muerto en la cruz — cuando parece haber mucho más que perder que ganar en este fracaso—, pide permiso a Pilato para sepultarlo y ofrece el sepulcro que había preparado para sí mismo.

En la meditación del Vía Crucis de 2024, Francisco bellamente, dialogaba con José: *“José de Arimatea, te llevas su cuerpo, sin saber que un sueño imposible y maravilloso se hará realidad allí mismo, en el sepulcro que le diste a Cristo cuando pensabas que él ya no podía hacer nada más por ti. En cambio, es verdad que todo don hecho a Dios es recompensado siempre por él. José de Arimatea, eres el profeta del valor intrépido. Para entregarle tu regalo a un muerto acudes al temido Pilato y le ruegas que te permita darle a Jesús la tumba que habías mandado a construir para ti. Tu oración es persistente y a las palabras siguen los hechos. José, recuérdanos que la oración perseverante da fruto y atraviesa incluso las tinieblas de la muerte; que el amor no se queda sin respuesta, sino que regala nuevos comienzos. Tu sepulcro, que —único en la historia— será fuente de vida, era nuevo, recién labrado en la roca.”*<sup>1</sup>

Hoy, Domingo de Pascua, el relato de la Resurrección comienza con la escena del sepulcro vacío (Jn 20, 1). El sepulcro como lugar conecta con la sepultura, pero hay una diferencia fundamental: en la sepultura se deposita el cuerpo de Jesús; en la Resurrección, el cuerpo ya no está. Es decir, *el sepulcro está vacío*, sin cuerpo. Mientras que el sepulcro es el lugar que remite a la muerte, el sepulcro vacío remite a la vida, porque falta el cuerpo de Jesús muerto. Este tránsito de la muerte a la vida es el que constituye la Pascua y marca el itinerario creyente que necesitamos recorrer. Y *“En la mañana de Pascua encontramos a tres discípulos: María Magdalena, Simón Pedro y el*

---

<sup>1</sup> Francisco. Meditaciones Vía Crucis 2024.

*Discípulo a quien Jesús amaba. Cada uno de ellos busca al Señor a su manera; cada uno tiene su propio papel en el amanecer de la esperanza.”<sup>2</sup>*

María Magdalena, la primera en llegar y quien llama a los discípulos, se queda a llorar en el sepulcro. Discípula de Jesús, se convierte en Apóstol de los Apóstoles. Pedro va al sepulcro, entra y verifica los hechos: solo encuentra el indicio de las vendas. El otro discípulo, que es *el discípulo amado*, habiendo llegado primero que Pedro y esperado afuera -como señal de reconocimiento de su autoridad-, entró y creyó. En este discípulo se muestra el inicio del camino creyente de la comunidad.

Ahora bien, la escena del sepulcro vacío tiene un antecedente en el evangelio de Juan, que es el relato de la resurrección de Lázaro. Lo recordamos brevemente: Jesús tenía tres amigos en Betania que eran hermanos y los visitaba con frecuencia. Sus nombres eran Marta, María y Lázaro. Sucedió que un día Lázaro se enfermó y le avisaron a Jesús, pero este no llegó a tiempo y Lázaro murió. Cuando Jesús llegó unos días después, Marta le reprochó: *“Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”* (Jn 11,21).

El diálogo que sucede entre Jesús y Marta, junto a la resurrección de Lázaro, nos pueden ayudar hoy ante el sepulcro vacío. Primero, Jesús promete: *“Tu hermano resucitará”* porque *“Yo soy la Resurrección y la Vida”* (Jn 11,23-24). Segundo, Jesús le pregunta a Marta si ella cree en esto y ella dice su confesión de fe: *“Sí, Señor, tú eres el Mesías, el Hijo de Dios”* (11,27). Si creemos en Jesús, también creemos en la resurrección de la muerte.

Para confirmar esta fe profesada por Marta, Jesús hace el milagro de la resurrección de Lázaro. Ante todo, se conmueve por la muerte, pide al Padre y luego llama al cuerpo en descomposición que yace en el sepulcro: *“Lázaro, sal fuera”* y *el muerto salió* (Jn 11,43-44). En este Domingo de Resurrección también Jesús nos llama a nosotros por nuestro nombre. Él quiere que nosotros también resucitemos.

Como discípulos de Jesús Resucitado somos portadores de este anuncio: *“Vive Cristo, esperanza nuestra... ¡Él vive y te quiere vivo!”<sup>3</sup>*. La resurrección es el triunfo del Amor. El signo de que estamos vivos es si nuestra fe obra por el amor (Cf. Gal 5,6). Si sembramos amor en situaciones de dolor, de injusticia, de avaricia –que es una forma de idolatría-, estaremos sembrando semillas de resurrección. Estaremos sembrando esperanza, porque donde hay amor, hay lugar para la esperanza.

Mons. Gustavo Carrara.

Arzobispo de La Plata.

5 de abril de 2026.

---

<sup>2</sup> Francisco. Documento final Por una Iglesia sinodal. N° 13

<sup>3</sup> Cf. Francisco. CHRISTUS VIVIT 1.

